

Un liberal en el Opus Dei

FELIPE-JOSÉ DE VICENTE ALGUERÓ

La faceta quizás menos conocida, por ser más íntima, de Vicente Cacho es la de sus convicciones religiosas. Todos los amigos y conocidos de Vicente sabían muy bien que era un católico practicante; muchos, además, estaban enterados de que era fiel de la Prelatura del Opus Dei, además como miembro numerario. Pero pocos conocen esta coincidencia: Vicente Cacho murió un 28 de noviembre de 1997, justo el día en que se cumplían 15 años de la erección del Opus Dei como prelatura personal. Como buen historiador a Vicente no se le pasarían estos detalles.

Conocí a Vicente Cacho a principios de los años setenta, en una charla con estudiantes universitarios en la cual, recuerdo muy bien, calificaba en público al Estado franquista de entonces como una pequeña dictadura superviviente de la Segunda Guerra Mundial. Aunque yo era estudiante de Filosofía, me había matriculado también en Historia. Al terminar las dos licenciaturas me incliné por la segunda, opositando primero al cuerpo de Profesores Agregados de Bachillerato e, inmediatamente después, al de Catedráticos de Instituto (“ya te has convertido en amante del Estado”, me dijo cuando gané mi primera oposición). Con mi dedicación a la Historia, la relación con Vicente se estrechó. Me orientó en mis oposiciones (los temas de historia contemporánea los preparé casi exclusivamente con sus orientaciones bibliográficas), pero nuestras conversaciones iban por otros derroteros, incluidos los religiosos.

En su cubículo (más que despacho) del Ateneo de Barcelona, hablamos muchas horas. Empezábamos al mediodía, comíamos (bastante mal, por cierto) en el restaurante del Ateneo y seguíamos charlando hasta media tarde. Luego, cuando se trasladó a Madrid, nos veíamos en su despacho (ahora sí) de la Fundación Ortega, aunque con bastante menos frecuencia que en su época barcelonesa. En los últimos años de su vida, cuando volvió a frecuentar Barcelona y a instalarse largas temporadas en un magnífico despacho de la Fundación Albéniz, reanudamos las conversaciones, incluso montó una pequeña tertulia con otros dos colegas míos, Jordi Llorens (otro viejo conocido de la primera época y notable historiador del catalanismo) y Alex Verdés joven y prometedor filósofo.

Vicente Cacho con el autor de estas líneas (derecha) y Felipe Crispín tras una conferencia pronunciada por Vicente en la Fundació Escola Permanent de Catalunya, en Barcelona, julio de 1985.



Cuando conocí a Vicente yo era un joven de familia católica formado en un colegio religioso "de los de antes", que también había entrado en contacto con el Opus Dei, aunque me alejé de su ambiente al cabo de un tiempo. Vicente me cautivó por muchas razones, pero sobre todo, por su talante liberal y su extraordinaria apertura en todos los temas y, muy especialmente, en los religiosos. A mediados de los setenta, en plena crisis eclesial (el famoso "postconcilio"), el Opus Dei parecía alinearse con los sectores más conservadores de la Iglesia. Ese fue un motivo de mi personal alejamiento de la institución. Por eso, más de una vez le pregunté: ¿qué hace un liberal como usted en el Opus Dei?

Más que una respuesta concreta, la contestación a esta pregunta, quizás una de las claves de su vida, está en su propio comportamiento como católico y como miembro del Opus Dei. Vicente Cacho fue siempre fiel a la Obra y la clave de esta fidelidad estaba, según creo, en saber distinguir lo sustantivo de lo accidental. Más de una vez me contó sus orígenes familiares, sus estudios en un colegio laico –cosa muy rara en la época, la postguerra civil– y su primer contacto con la Obra, a finales de la década de los 40. En medio del sofocante nacionalcatolicismo, Vicente encontró en el Opus Dei un ambiente secular, alejado de las prácticas religiosas grandilocuentes y de devocionario muy en boga entonces y un respeto a su libertad política. Eso es lo que le atrajo además de la lectura de *Camino*, como alguna vez me

confesó. Por otra parte, el encuentro con personalidades de la talla de Florentino Pérez-Embid (otro miembro numerario de la Obra) marcaron su trayectoria profesional y espiritual. Aunque Florentino era un hombre de formación tradicionalista (en la línea de Menéndez Pelayo y Acción Española), fue siempre una persona de espíritu abierto y liberal, nada clerical por cierto. Fue don Florentino quien sugirió a Vicente hacer la tesis doctoral sobre la Institución Libre de Enseñanza, lo cual muestra que no era un integrista.

En el mundo de la Institución, Vicente encontró no sólo el gran filón investigador de su vida, que le abrió a diversos campos de la historia cultural española de la Edad de Plata, sino que también fue un referente personal. En muchos institucionalistas vio cómo se podía ser fiel a unas convicciones ideológicas y, a la vez, libre, tolerante con el pensamiento ajeno, respetuoso con la libertad religiosa bien entendida. Incluso descubrió un submundo de católicos para quienes no había incompatibilidad alguna entre su fe y su ideario político. ¿No es éste el modelo que Vicente adoptó para su vida? La de ser un hombre de convicciones religiosas profundas, pero, a la vez, ni clerical, ni dogmático, ni integrista, abierto y tolerante, respetuoso con quienes tienen una visión del mundo muy distinta a la suya. Hablando de la Residencia de Señoritas me recordó una vez cómo María de Maeztu, directora de la Institución, se preocupaba de que las residentes que eran católicas pudieran asistir a Misa, si querían, en un ambiente de libertad de cada conciencia. Ese ambiente de libertad y respeto es el que supo tener a su alrededor.

En su imaginario personal, Vicente también descubrió las similitudes entre el mundo de la Institución y el del Opus Dei, al menos el del pre-concilio. El ideario renovador del catolicismo, el respeto a la libertad personal, el rechazo del clericalismo, la secularidad como estilo de vida del Opus Dei que conoció a finales de los 40 le permitían sintonizar, al menos teóricamente, con los católicos liberales –pocos– que aceptaron una sociedad plural como base de convivencia entre los españoles, uno de los ideales básicos del mundo de la Institución. El papel de minoría selecta, común tanto a la Institución como al Opus Dei, y la revalorización del papel de la educación como transformadora de la sociedad eran otros puntos en común. Otra cosa es el sesgo que pudo haber seguido el Opus Dei en el post-concilio. Pero eso era ya otro tema.

“Los que hemos visto el barco bogando en una dirección...” me decía una vez al preguntarle por los cambios en el Opus Dei. Para Vicente, el Opus Dei era el que había conocido en los años 40, el que le atrajo en este momento. Si ahora cambiaba de dirección no podía más que responder a cuestiones coyunturales. Para él no había más que un Opus Dei: el de su juventud. Quizás por saber distinguir entre lo sustantivo y lo accidental (o lo que él creía accidental), por ser un hombre profundamente libre y por no

depender profesionalmente de la Obra (sólo trabajó en la Universidad de Navarra unos pocos años), pudo mantener una cierta distancia de aquello que íntimamente le desagradaba en ciertas actitudes de la Obra en los años setenta y ochenta.

Vicente Cacho fue siempre un "católico liberal", pero no en el sentido que habitualmente se da a este término: entendido como católico crítico con la Iglesia institucional. Al contrario: siempre fue fiel al magisterio eclesiástico y a lo que él entendía como genuino espíritu del Opus Dei. Vicente era más bien un hombre libre que además era católico, porque reivindicaba su derecho a creer en medio de una sociedad plural a la que amaba profundamente, sin la más mínima nostalgia de nacionalcatolicismo. Vicente pensaba que los católicos han de vivir con libertad (siempre fue muy crítico con los partidos políticos confesionales) en una sociedad libre, reivindicando el apostolado del ejemplo personal más que el adoctrinamiento desde arriba, en el que nunca creyó. El Estado, para él, ha de ser laico, que no laicista, tolerante y respetuoso. Me recordaba muchas veces que ése era el talante de la gente de la Institución: fueron más anticlericales que antirreligiosos.

Ésta es otra clave del pensamiento de Vicente. Su bien entendido anticlericalismo. Para él, la doctrina social de la Iglesia no era un recetario o un programa político, sino una simple iluminación moral que cada católico, con plena libertad y responsabilidad, debía traducir en su ambiente concreto. Rechazaba cualquier dirigismo clerical, incluso episcopal: "a los obispos hay que adelantarles por la izquierda", me dijo en una ocasión. Se refería a determinadas opiniones episcopales en temas no estrictamente doctrinales. Durante y después de la transición democrática fue siempre agudamente crítico con los intentos de formar una democracia cristiana. Era especialmente cáustico con los llamados "católicos oficiales". Para Vicente nunca había que mezclar la fe con las opciones políticas personales. Por eso, rechazaba por igual a los "demócrata-cristianos" y a los "cristianos por el socialismo".

Varias veces me recordó los orígenes protestantes de la Residencia de Señoritas, la aventura espiritual de Josep Pijoan o la nómina de sus amigos, muchos de ellos, no creyentes. Tenía un profundo sentido histórico del cristianismo. Hablando precisamente de Pijoan, recuerdo una conversación en la que me explicaba que el protestantismo mantiene viva una tradición cristiana que, en algunos aspectos, el catolicismo, sin negarlos explícitamente, los ha medio olvidado. Incluso alguna vez me comentó que el carácter laical del Opus Dei y su reivindicación del sacerdocio común de los fieles entronca con una de estas tradiciones no clericales que el protestantismo ha sentido con más vigor que el catolicismo.

Precisamente porque era un hombre libre, en su trato habitual nunca escondía sus convicciones religiosas y, mucho menos, rehuía tratar de ellas. Quienes hemos gozado de su amistad personal podemos dar testimonio de



Vicente acompaña al presidente Tarradellas en una visita al Ateneu Barcelonès. Junto a ellos, Lluís Belenes y Andreu Abelló, presidente del Ateneu. 1980.

que nunca hizo un proselitismo programado por otros, ni mucho menos fue un mero propagandista de unas ideas religiosas. Hablaba, cuando era oportuno, de temas religiosos con total naturalidad, sin postizos que saltan a la vista, es decir, con gran sinceridad, y siempre desde el máximo respeto a su interlocutor. Yo pude observar cómo, en sus últimos meses, cuando ya sentía cerca el final, tenía una mayor preocupación por hablar de Dios. Me consta que se ha llevado a la tumba la pena de no haber acercado a la fe a alguno de sus amigos más queridos.

Vicente Cacho fue también, creo que singularmente, un hombre de gestos. Además de ser un gran hablador, excelente comunicador de sus ideas, dejó no pocos mensajes escondidos en sus gestos. El haber preferido trabajar en instituciones públicas no estrictamente dependientes de la Universidad (el Ateneu Barcelonès o la Fundación Ortega), está entre sus gestos. La gran capacidad por mantener un mundo de relaciones sociales, profesionales o humanas independiente de su mundo religioso, es otro. El ser capaz de compaginar con toda naturalidad sus actividades profesionales con, por ejemplo, el asistir a Misa, es un gesto de su catolicismo libre y natural. Me contó, en cierta ocasión, cómo se organizaba perfectamente las jornadas de su estancia en Nueva York para ir a Misa a la Catedral de San Patricio y a los actos y visitas organizadas por el Spanish Institute.

El hecho de haber especificado detalladamente cómo deseaba que fueran sus exequias muestra ese lenguaje de gestos. Precisamente por ser su último gesto, cuidó muy bien los detalles: quiso diferenciar bien el funeral religioso de la despedida "laica" en los jardines de la Fundación Ortega. Pero como era un hombre libre y católico, tampoco quiso darle a este

último acto un carácter "laicista" que él nunca aceptaría. Entre las personas que designó para tomar la palabra estaba todo el espectro de amistades que conformaron su vida. Y, por supuesto, no faltó la de un sacerdote de la Obra, que habló no como miembro de la Prelatura, sino como historiador y amigo de Vicente: un gesto muy calculado.

Como también fue muy bien calculado el hecho de elegir una iglesia cercana a la casa donde vivía (y no una iglesia pública perteneciente al Opus Dei) para celebrar, días después de su muerte, una Misa funeral. Claro que en la elección estaba encerrado un último gesto escondido de Vicente: esa iglesia era la de la Medalla Milagrosa, en donde había estado adosado un convento de Padres Paúles, lugar en donde el 2 de octubre de 1928 el fundador del Opus Dei tuvo la "iluminación" o intuición original de la institución en la que vivió y murió, con fidelidad libre e inteligente, Vicente Cacho.